

Universalia

REVISTA 38





Esta nueva edición de la *Revista Universalía*, en la que se recogen los veredictos y algunos de los escritos de los ganadores de los concursos de ensayo, cuento y poesía del Decanato de Estudios Generales, no puede sino alegrar y esperar a toda la comunidad y, en especial, a los que desde su espacio de trabajo, sean las Ciencias, sean las Humanidades, siguen librando una lucha para que en la Universidad Simón Bolívar ambas florezcan entrelazadas. Muchos años hace ya que claramente lo expresó Ángel Rosenblat¹:

El conflicto entre las Humanidades y la Ciencia es un conflicto falso, nacido de pueriles pretensiones de monopolio o de supremacía. Hoy no puede pensarse en unas Humanidades que dejen de lado la grandeza humana de la Ciencia, ni en unas Ciencias tan descarnadas y asépticas que prescindan del aporte del mundo humanístico. Humanidades y Ciencias son vertientes complementarias del espíritu humano, y es urgente abrir amplios vasos comunicantes para que cada campo se fertilice y enriquezca con los tesoros del otro.

Y a esto ha contribuido nuestra universidad a través de las asignaturas de Estudios Generales, las que han hecho posible que un estudiante de Ingeniería pueda reflexionar sobre la relación entre la niñez, la literatura, el tiempo y la libertad, y que otro diserte sobre la ciudad de Londres; o que un tercero, futuro químico, analice el uso de las denominaciones “primavera árabe” o “revolución democrática” para designar una nueva realidad. Todos ellos han sido merecedores de la distinción *Segundo Serrano Poncela al mejor trabajo de Estudios Generales*. Pero, aún más, a través de los concursos *Iraset Páez Urdaneta* y *José Santos Urriola*, el Decanato premia –y, al hacerlo, descubre– vocaciones poéticas y narrativas en futuros biólogos, matemáticos o ingenieros, algunos de los cuales tienen ya una andadura que mostrar.

1 Rosenblat, Ángel. (1981). *Las Ciencias y las Humanidades. La Educación en Venezuela*. 4ª ed. Caracas: Monte Ávila Editores.

Con estos concursos la Universidad rinde, anualmente, un homenaje a eminentes profesores cuya voz hace presente; y en sus voces, en sus nombres, recordamos otras voces y otros nombres, y con ellos, todos se salvan del olvido contra el que clamó Iraset Páez:

Puedo enredar los silencios
y equivocarme de versos,
puedo soñarme despierto,
puedo llenarme de lluvia,
puedo soportarlo todo
pero no morirme en tu olvido.

Profa. María Nélida Pérez
Coordinadora del Ciclo de Iniciación Universitaria



UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR

Rector *Profesor Enrique Planchart* • Vicerrector Académico
Profesor Rafael Escalona • Vicerrector Administrativo *Profesor William Colmenares* • Secretario *Profesor Cristian Puig*

DECANATO DE ESTUDIOS GENERALES

Decano *Profesor Rubén Darío Jaimes* • Coordinadoras del Ciclo Profesional *Profesora Isabel Rodríguez B. de Veracoechea*, *Profesora Isabel Martins* • Coordinadores del Ciclo Básico *Profesora María Elena Ludeña*, *Profesor Nerio Borges* • Coordinadora de Formación General *Profesora Emilse Aponte* • Coordinadora del Ciclo de Iniciación Universitaria (CIU) *Profesora Nélida Pérez*
• Responsable CIU Litoral *Profesora Scarleth Mujica*

UNIVERSALIA Revista de Estudios Generales • N°38

Septiembre-diciembre 2014 • Depósito legal
pp199002CS968 • ISSN 1317-5343 • Director
Profesor Rubén Darío Jaimes • Coordinadora editorial *Lic. Ingrid Salazar Romero* • Diseño gráfico *Luis Müller*
• Impresión Departamento de Producción de impresos, USB
• Edición 1.500 ejemplares

Decanato de Estudios Generales • MEM, 1er piso. Valle de Sartenejas • Apart. postal 89000 • Telf. 906.3912 Fax 906.3927
• www.universalia.usb.ve • universalia@usb.ve

Universalía



CONTENIDO N° 38

- pág 2 **Editorial** Profa. Nélida Pérez
- pág 5 **Más que tres créditos** Br. Ricardo Santos
- pág 7 **¿Quién es Segundo Serrano Poncela?**
Su pasión por la literatura Prof. José Santos Urriola
La Muerte de un Maestro Prof. Francisco Belda
- pág 10 **La rueda que los hombres contemplan**
Br. Saúl Enrique Duque Morales
- pág 17 **¿Quién es José Santos Urriola?**
Maestro, con mayúscula Profa. Carmen Elena Alemán
José (de los) Santos Prof. Oscar Sambrano Urdaneta
- pág 21 **El último carnaval** Br. Andrea Hernández
- pág 25 **Alterum** Br. Jorge J. Romero
- pág 27 **Un juego oscuro** Br. Daleska González
- pág 30 **¿Quién es Iraset Páez Urdaneta?**
Mi joven maestro Prof. Carlos Pacheco
Ojo de salmón Prof. Carlos Pacheco
- pág 36 **Veredictos de los CONCURSOS**
SEGUNDO SERRANO PONCELA
JOSÉ SANTOS URRIOLA
IRASET PÁEZ URDANETA
- pág 38 **Poemas** Br. Kevin Briceño
- pág 42 **Poemario** Br. Marta Córdova

Para ilustrar el presente número se usaron imágenes y motivos gráficos relacionados con el movimiento artístico *Art Nouveau* (1900), con obras de varios artistas, ilustradores y orfebres de esa época como: Alphonse Mucha, Aubrey Beardsley, Kolo Moser y René Lalique, entre otros.

Más que tres créditos

Palabras del ganador del Concurso
Segundo Serrano Poncela de 2013



Al iniciar el cuarto trimestre, el estudiante de la USB debe iniciar el trayecto de los llamados Estudios Generales. Motivados por una falsa promesa de “materia fácil”, muchos inician la búsqueda de un curso que sea compatible con el horario ya programado, a fin de no interrumpir las horas de estudio de materias más importantes, como la física o las matemáticas.

A medida que avanzan las clases, los estudiantes se percatan de que estos cursos son diferentes: poco valen fórmulas memorizadas o potentes calculadoras, ahora los problemas se resuelven pensando, reflexionando y escribiendo. Ahora parece importar más *el cómo* que *el qué*, ahora el camino se vuelve más importante que la propia meta. De manera inconsciente, ahora esos estudiantes cuestionan muchos aspectos de su alrededor, se atreven a pensar, a ver más allá de lo lógico o lo normal, ya no les importa solamente la nota final del curso,

ahora valoran lo aprendido; entienden que si bien las matemáticas y la física son importantes para su formación como profesionales, son los estudios generales los que contribuyen a su formación como personas, como humanos.

Sin saberlo, se han convertido en la antítesis del ingeniero o el licenciado: ahora son portadores de la etiqueta de *humanistas*.

En una universidad donde reina la tecnología, las ciencias y lo empírico, ¿cómo es posible que tengamos humanistas en nuestras filas? ¿A qué se debe esta infortunada situación?

La respuesta es más sencilla de lo que parece. La Universidad no existe para formar Ingenieros, Licenciados, Técnicos, Urbanistas o Arquitectos; la universidad tiene como misión, la formación de ciudadanos libres, de alta calidad profesional y humana. Sin el desarrollo de la sensibilidad y curiosidad espiritual que

se logra a través de los estudios generales, nos convertiríamos en un recinto de cuerpos ocupados y almas vacías. En palabras de Mariano Picón Salas, cuando la educación tiene un fin que supera lo utilitario y lo pragmático, cuando se quiere formar hombres y no solo mercaderes, parecen ofrecernos las humanidades una olvidada pedagogía de la felicidad.

Los cursos de estudios generales son más que tres créditos, son espacios que nos permiten recuperar la humanidad perdida del humano, nos permiten recordar que aun ante las agendas más ocupadas, no podemos caer en la desatención del espíritu.



Hoy estamos celebrando esto. Hoy estamos celebrando el poder de las humanidades. Aquí, en **La escritura hecha en casa**, estamos reconociendo a los estudiantes que tuvieron la valentía de ir más allá: que no se contentaron solamente con aprobar un curso, sino que demostraron que quieren más, que pueden dar más, y que a través de la escritura son capaces de expresar sus realidades, sus pensamientos, su mundo.

Más allá del veredicto, el hecho de haber trabajado por tanto tiempo en un cuento, un poemario o un ensayo, ya los hacen ganadores. Mis más sinceras felicitaciones a todos.

Br. Ricardo Santos
Estudiante de Ingeniería Química



Su pasión por la literatura

Conocí a Segundo Serrano Poncela cuando mediaban los años sesenta. Era éste, para entonces, un país desgarrado por sombrías violencias que apenas comenzaban a menguar. Pocos andaban dispuestos, por esos días, a entretenerse en cosas de literatura. Sin embargo, también en el siempre movedizo terreno de las letras, debía uno aferrarse a la vida. Por eso, quizás unos cuantos profesores del Instituto Pedagógico de Caracas, elaborábamos bastante por iniciativa propia y un tanto por la del Ministerio de Educación el nuevo programa para el segundo ciclo de media.

Creíamos, como ahora, que el texto literario podía constituirse en azarosa pero fecunda vía para ahondar en la propia interioridad, para redescubrir el mundo circulante, para encontrar alguna forma de solidaridad humana. Pensábamos, como hoy, que por allí había ocasión de buscar en la identidad del pueblo venezolano, de ubicarnos en la nación hispanoamericana, de concebir la Gran Patria común que no excluyese a España. Todo ello, iba y venía, en ardorosos diálogos, en reconcentrados silencios, en labores meridianas y nocturnas, impregnadas de café, de tabaco y de cambiante humor.

Un día, alguien sugirió la posibilidad de invitar al profesor Serrano, de la Universidad Central. A la próxima sesión, breve, pulcro, seco, acerado, chispeante, estaba don Segundo con nosotros. Se integró sin dificultad al equipo. Almorzamos juntos. Se comentó largamente un cuento suyo, aparecido, si no falla la memoria, en el papel literario de "El Nacional", cuando lo dirigía Picón Salas. Había allí, en el relato, un homúnculo prisionero en una retorta, desde donde se quejaba de la tiranía de su amo: Serrano Poncela

Después tuve el privilegio de trabajar muy cerca de Serrano en los días iniciales de la Universidad Simón Bolívar. Admiré en él tres cosas: la pasión por la literatura, la fe en el trabajo que tenía entre manos y el amor por Rodolfo, su nietecito. Me dicen que el Profesor murió rememorando versos de nuestra más alta tradición poética. Quiso que en su epitafio constara su amor, obras son amores, por Venezuela. Y ahí está Rodolfo, en pie, frente a la vida.

Prof. José Santos Urriola

(Tomado de Atlántida, Cuadernos de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, Año IV, Nro. 8, marzo 1977)

La Muerte de un Maestro

Era un español de la España peregrina. Formó parte de ese luminoso grupo de la *intelligentsia* que la dictadura aventó de la Madre Patria, y que se extendió por toda Hispanoamérica entregando a ésta los mejores frutos de su madurez intelectual. Segundo Serrano Poncela llegó a Venezuela, como había llegado Pi Suñer, García Pelayo, García Bacca, Granel, Sánchez Covisa, Graces y tantos otros, para dedicar a esta tierra sus esfuerzos, su sabiduría su vida toda; para colaborar con su magisterio en el desarrollo cada vez más acelerado de un país que se estaba metamorfoseando de una sociedad agraria y pastoril, a otra industrial y moderna.

Todos fueron y son maestros. Tomaron como misión la enseñanza y difusión de sus conocimientos. Usaron y usan su inteligencia en una profesión que muchos juzgan ingrata pero que es la que en todas las épocas y en todas partes ha sido, más que ninguna otra, la que ha hecho avanzar la civilización.

Serrano Poncela llegó a Venezuela contratado como profesor de Historia de la cultura Teoría Literaria y Literatura Española, por la Universidad Central de Venezuela. Antes había vivido

en Estados Unidos y en Puerto Rico, donde también había enseñado esas asignaturas en diversas universidades, y ya había publicado una buena cantidad de obras en editoriales tan prestigiosas como Seix Barral, Losada y el Fondo de Cultura Económica. En Venezuela siguió su labor de maestro y de investigador en la Escuela de Letras de la UCV, hasta que se funda la Universidad Simón Bolívar a donde fue llamado por su rector, el doctor Ernesto Mayz Vallenilla, para que organizara la División de Ciencias Sociales y Humanidades y los Estudios

Generales, que tanta importancia habían de tener en la nueva concepción del técnico humanista, que propugna esa universidad. Serrano Poncela se dedicó sin descanso a ambas tareas; como director de la División y decano de Estudios Generales elaboró los planes que habían de integrar, las asignaturas humanísticas a las científicas;

dirigió personalmente por un tiempo el Departamento de Lengua y Literatura; siguió dando clases, primero en pregrado y luego en los cursos de postgrado, y a pesar de la carga que significaba la realización de todas esas actividades, no abandonó nunca sus estudios e investigaciones, así como tampoco la literatura narrati-



va, que cultivó toda su vida: en los últimos años publicó dos libros más, una novela y una obra de teoría literaria.

Serrano Poncela fue uno de los más importantes críticos y estudiosos contemporáneos de la literatura. Sus libros sobre Unamuno, Machado y Dostoiewsky los autores a los que dedicó su mayor interés así como sus otros trabajos han hecho su nombre conocido en todo el ámbito de nuestra lengua y también fuera de él; sus novelas y cuentos le han dado un puesto destacado entre los autores en lengua española de la narrativa contemporánea. Pero a lo que dedicó lo mejor de sus esfuerzos, lo que siempre tuvo en primer lugar, fue su actividad pedagógica. y en la Universidad Simón Bolívar, de la que fue fundador, vio la realización de sus mejores sueños. Ya cercana la muerte y sabiendo que esta venía dictó a uno de sus amigos, también profesor de la misma universidad, la inscripción que deseaba que pusieran en su lapida: "Aquí yace el profesor Segundo Serrano Poncela. Profesor de la Universidad Central de Venezuela y fundador y profesor de la Universidad Simón Bolívar, a la que entregó los últimos años de su vida. Ha muerto con la esperanza de que ésta última sea una semilla nueva para la futura Venezuela y sea recordado como ejemplo de sacrificio y amor por la futura Venezuela. Nació en Madrid en 1912 y murió en esta ciudad en 1978".

Murió serenamente, como cuenta Platón que murió su maestro Sócrates: conversando con amigos y discípulos sobre la vida y la muerte, y sus últimos pensamientos fueron para una nueva juventud, que él contribuyó a formar, ideal que lo mantuvo sacando fuerzas del espíritu en su puesto de la universidad hasta poco antes de su muerte.

Los que conocemos su obra y presenciemos el valor con el que, durante meses, espero la muerte, sin abandonar su trabajo universitario, podemos decir con Jorge Manrique:

“...que,
aunque la vida
perdió,
dejonos harto
consuelo
su memoria”

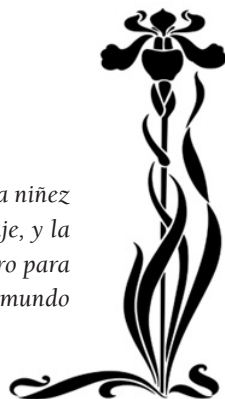
Prof. Francisco Belda
Dpto. de Lengua y Literatura, USB

La rueda que los hombres contemplan

Concurso Segundo Serrano
Poncela, 2014. (Primer lugar).
Curso LBB-516
“Libros de Infancia y Juventud”.
Prof. Cristian E. Álvarez A.

*Sacamos también del alma en nuestro recuento de aconteceres la niñez
florida de frutos, bañada en las aguas blancas de este paisaje, y la
adolescencia dispuesta como una flecha en las manos del arquero para
rebotar contra los conflictos del mundo*

M. Picón Salas en *Mensaje a los merideños*



Ocho años habían pasado desde la última vez.

Llegar a ese parque que guarda tantas anécdotas de mi infancia fue un momento extraño y mucho más difícil de explicar. Una especie de reclamo al tiempo, por pasar sin dar oportunidad de degustar cada sublime instante; una mezcla de añoranza y sentimiento de pérdida, de que antes era mejor y trágicamente no volverá a ser así.

Ocho años habían pasado desde la última vez que había visitado a mi consentidora abuelita. Aquella casa que tantos tesoros escondía, y que el tiempo ha transfigurado en simples rincones o en gavetas inexplicablemente carentes de emoción y suspenso. Pero hasta ahora todo esto era de esperarse. Más aún cuando dejé estas tierras infestadas de batallones enemigos, dragones, naves espaciales, reliquias custodiadas por ogros y todo tipo criaturas mitológicas, y vuelvo ahora con verdaderas experiencias de un mundo real (¿real?), de gentes y visiones que para un niño son abstracción pura.

Podía aceptar que la casa de mi abuelita se hubiera transformado en lo que veía: paredes planas, muebles inmóviles y recovecos que ya no servían de escondites, que ofrecían no más que una mirada fría como respuesta a mis ojos ansiosos. Pero el parque seguía siendo mi negación. La nostalgia me invade con solo asomarme a la ventana y no ver mi añorado campo de aventuras de la misma manera.

Todo sigue igual. Prado, árboles, ese oasis de tierra para soñar con castillos efímeros, y la rueda de colores que aceleraba nuestras ansias de juego tanto como

hacía alborotar nuestros cabellos al girar desbocados hasta recibir un regaño de nuestros padres. Todo parece igual, y sin embargo algo falta. A mi mirada escapa lo primordial, se escabulle el brillo con el que antes me deslumbraba ese fantástico parque.

Pero, ¿qué es lo que extraño? Ciertamente no son esas tardes efímeras de papeles heroicos y fantásticos con casi una docena de amiguitos. No son esos juegos que inventábamos al momento con una astucia increíble. No es nada de eso. Es algo que ya no está, que se pierde y se empaña con esta mirada que cree haber recorrido mucho mundo y conocer, cuando en realidad no hace sino alejarse de la esencia de cada creatura.

La pesadumbre llega cuando sentimos ese vacío, el hombre ve la rueda del parque y sabe que no son sus vueltas las que faltan en su jornada, que no son esos colores gastados de sus tablas los que aumentan su nostalgia. El hombre ve la rueda y sabe que falta algo que nunca tocó ni vio cuando era un chiquillo, pero que sentía en cada verde, en cada azul, en cada hormiga que perseguía por largos caminos.

La sensación de libertad que nos ofrecía el juego en la infancia es lo que con afán buscamos diariamente en nuestra adultez, lo que se nos hace imposible definir pero muy seguros estamos que un día fuimos poseedores de este tesoro. La oportunidad de ser cualquier personaje, de crear reinos y mundos extravagantes sólo por capricho, de aventurarnos en misiones sin (aparente) sentido son dádivas que sólo el espíritu lúdico de la infancia ofrece. Ese viaje hacia una no-realidad nos hace regresar con una mirada limpia, infantil que nos invita alegremente a una vida ávida de descubrimientos y anhelante de nuevas hazañas que develen la naturaleza el milagro cotidiano. Lo extraordinario se vuelve, así, parte del vivir y no por esto deja de maravillar a los ojos del hombre, ya que lo llena de gracia y lo acerca a su centro.

Bataille es quien nos recuerda un sendero por el que podemos volver a degustar ese milagro invaluable, cuando él mismo dice: “la literatura (...) es la infancia por fin recuperada”. Así, se nos abre un universo lleno de posibilidades para acercarnos a la reflexión, al pensamiento puro y como último escalón, a



la conciencia y a la hermosa libertad hacia la que esta nos guía. La Literatura, como el juego de infantes, nos permiten comprender nuestra realidad al hacer que su misma esencia sea la de alejarnos hacia esferas externas desde donde podemos tener una mirada más profunda y ajena ya que se vive en otro plano, en otro cuerpo cuando bien se leen cientos de páginas de realismo mágico o se juega en el encantado parque que abrigó nuestra niñez.

Otro aspecto importante que viene envuelto en la magia de la *literatura lúdica* es el asombro de re-descubrir lo usual, lo común. Los niños encuentran fascinante repetir incansablemente sus cánticos, sus simples rituales inocentes, hallando en ellos el encanto de la sorpresa ante lo que se sabe que pasará pero que se disfruta porque sencillamente sucede. Es precisamente a esta infancia a la que se refiere Bataille, basada en el asombro ante la vasta creación que sólo revela su belleza ante quien conserva una mirada virgen.

La contemplación, que inocentemente hace parte de nuestra niñez, se cue-la entre nuestros dedos y escapa de toda forma de posesión cuando llega la madurez al horizonte del hombre. Se pierde y huye cuando el niño pierde su propia conciencia de libertad. El asombro, que consecutivamente lleva a la duda (¿O la duda lleva al asombro?), parece escasear y se borra de nuestra memoria, sumergiéndonos en una cotidiana monotonía donde nada se aprecia y nada se cuestiona. Los colores pierden brillo ante nuestros ojos a pesar de que ahora se entiende de proporciones, números y leyes. La perplejidad deja de ser cotidiana para convertirse en un lujo que pocos disfrutan, y aquellos afortunados sufren una suerte de condena por parte de ese resto que los señala y los acusa de *perder el tiempo* y de *no hacer nada productivo*.

La pérdida de la verdadera libertad, es decir, la capacidad de poder ver las cosas tal cual como son al acercarnos a su esencia, es una gracia que se pierde con la adultez, y que únicamente los niños parecen disfrutar sin siquiera notar del gran don del que son apoderados. Los pocos que la conservan, los ya antes mencionados como *los condenados*, parecen estar en poder de algo



que sólo ellos valoran, y que desde afuera se lleva a reducciones simplistas y monocromáticas.

Si se logra tener una mirada contemplativa durante la infancia, ¿por qué es que ésta se pierde en algún momento, e incluso se llega a olvidar por completo la experiencia de apreciar nuestro entorno porque es y no por *lo que es*? ¿Por qué la verdadera libertad huye al divisar la llegada de la madurez?

Bastante se tardó el hombre y muchos fueron los sacrificios para lograr una madurez histórica, si es que así puede llamarse a la situación actual de una civilización sórdida y banal, como para que ahora se olvide del todo la correcta manera de contemplar: atrapar la luz con nuestros ojos, regocijarnos de esa claridad que todo lo muestra pero que nada explica porque simplemente es.

Parece celebrarse desenfrenadamente una cultura de valores invertidos (o simplemente la ausencia de ellos), y en la cual el fin último dejó de ser la mirada estética y el aprecio de lo bello, para dar paso a una adoración al consumo y a la frenética producción en masa. El habitar como hombres la tierra es ahora una actividad de artistas desaliñados, ya que la generación de *profit* es la plenitud sustituida del hombre actual.

El tiempo es ahora un bien de consumo. Ya no se utiliza para el disfrute de las gracias de la vida, ni para adentrarnos en la experiencia en la que más que vivir en el mundo, se vive *con* el mundo. Se ha perdido la noción de que somos parte de un mismo cosmos, no una pieza ajena a toda esta magnificencia que muy modestamente llamamos creación. Peligrosamente se ha perdido el lejano recuerdo de nuestros orígenes: somos la conciencia de un universo lleno de belleza.

Contemplar parece implicar ver más allá, y al mezclarse con una conciencia ya madurada destapa temerosas imágenes que nos muestran una realidad cruda, real, tal cual como es, y de la cual nosotros mismos decidimos si acogerla y amarla tal cual se nos presenta, o rechazarla por miedo a que termine siendo algo tan abrumador que escape a nuestro entendimiento. Y es que no se trata de entender, se trata de sentir, de percibir lo que ese parque de juegos –que tantas formas puede adoptar en millones de infancias– tiene para decirnos.

Wordsworth lo expresa muy bien en *“Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood”*, donde el ritmo mismo de su texto nos invita a tomar conciencia del “brillo”, de “la gloria y el sueño” a partir de su propia pérdida, al tiempo que nos señala claramente el preciado tesoro que muy sutilmente nos deja la infancia escondido entre escombros y caos,





tesoro que podemos rememorar al observar esa rueda gastada por el tiempo, pero que aún gira para demostrar que sigue y seguirá vigente, pues la contemplación es totalmente atemporal y absolutamente necesaria.

Pero, ¿cómo se recupera esta facultad de ver (realmente *ver*) y apreciar absolutamente todo lo que nos rodea sin prejuicios? ¿Cómo recuperar la contemplación,

si ahora se tienen ojos tan sucios y distraídos? Tal vez podamos aprender y replicar la salida de esos grandes escritores que usan la literatura como desahogo de una exaltación reprimida que parece estar íntimamente ligada a la experiencia que traen el asombro y el acercamiento del alma del hombre a la plenitud. “No se escribe ciertamente por necesidades literarias, sino por necesidad que la vida tiene de expresarse”, dice María Zambrano, como explicando esa sensación de libertad que ofrece la escritura, como un puente para mostrar el sendero por el que se llega a la iluminación, o mejor dicho, por el que se llega para estar iluminado.

La Literatura parece extendernos una invitación callada y disimulada, pero que una vez descubierta se transforma en un torbellino de colores, cinceles y tuercas que nos transportan a través de un viaje de éxtasis sinestésico. Con ella recreamos mundos nuevos, distopías indeseables y vidas lejanas que, muy al contrario de lo que podría pensarse, no nos disocian de nuestras realidades, sino que nos obligan a repensar las cuestiones cotidianas del hombre y a redirigir nuestra mirada hacia aquello que por la costumbre y el ajetreo ciudadano obviarnos cuando pasamos a su lado; o como dice Picón Salas: “El poder del gran arte literario es precisamente (...) darnos lo que no se necesita en la estrecha vida de los negocios, de la profesión, del empleo.”

Las Letras parecen cobrar vida para despejar huracanadamente todo tipo de prejuicios y ofrecer a todo hombre y mujer la oportunidad de ver al mundo con ojos diáfanos e infantiles, liberados del yugo esclavizante de una madurez mal definida. Se apunta constantemente al disfrute del ocio y a la ausencia total de utilidad alguna para cultivar, finalmente, una mirada interior que desnude de todo miedo, de todo orgullo, de todo conocimiento al hombre en su búsqueda por la belleza verdadera desde un punto de vista humano y sensible.

Así, la mirada interior se transforma en una mirada amorosa que se extiende hacia nuestro habitar diario, se transmuta en millones de hilos que nos interco-

nectan con cada suspiro, con cada pequeño insecto que huye del invierno, con cada bruma traída por el mar, con cada rayo de luz que emana del sol y de cada rendija por el que escapa la vida. Se despierta una conciencia (una real conciencia) adormecida por años que nos coloca en contexto y que nos grita nuestro lugar en la Tierra. Hacer la diferencia y que se vuelva lo común, crear cambios para llegar a lo novedoso son las consecuencias inevitables de comenzar a disfrutar la gracia de los detalles.

Es una constante lucha de la vida sencilla, pero en comunión, contra la adaptación hedónica que deshidrata la esencia del alma; y la Literatura, apostando por la primera, no está sola en la batalla. Las Bellas Artes todas galopan en su paciente defensa para salvarnos de la catástrofe. Detenerse a ver las tablas gastadas de la rueda nunca pareció tan importante.

Es esta mirada recuperada la que nos permite desarrollar de manera intrínseca una visión real y que nos acerca a esa nostalgia que impregna al mundo cuando develamos su trascendencia, su dolorosa fugacidad, haciéndonos libres del banal apego que hace estragos a su paso. Un paso más cerca de una desposesión o quizá de una solemne pobreza con la que se aprende a vivir simplemente para recuperar la libertad de conciencia para confesar nuestra condición humana y prescindible.

Y a fin de cuentas, ¿para qué sirve la contemplación?, parece la pregunta más sensata a esta altura de la cuestión. Por inocente que sea la pregunta, vale releerla con perspicacia, ya que es una trampa y una vil consecuencia del encasillamiento y de la reducción a lo utilitario de todos los ámbitos de la vida del hombre moderno.



Al estudiar la etimología de la palabra 'servir', se observa que proviene del vocablo latín *servire*, que significa 'ser esclavo' o 'estar al servicio de'. La contemplación no responde a ningún tipo de interés sintético o a resultados de simples fenómenos históricos, sociales, políticos, económicos o religiosos. El sentimiento que se expresa mediante el aprecio de la naturaleza, de las cosas simples de la cotidianidad es una emoción que no se *presta* para usos que se aparten del camino de la búsqueda de La Simpatía Primaria, como la llama Wordsworth. La contemplación es completamente inútil para fines prácticos, y es justamente por esto que se hace tan humanamente esencial.

Ser más humano, vivir con nobleza, *acercarse a lo divino*, parecen ser metas últimas de la mirada contemplativa. Hacerse uno en comunión con la creación parece críticamente necesario para destapar los ojos ciegos que nos conducen desbocadamente en una deshumanización de la humanidad.

La salvación que se predica desde tantas esquinas por cientistas, estadistas y chamanes de corbata, y que es vendida como un producto creado para el hombre y para su consumo, está en realidad más cerca de nosotros de lo que alguna vez pensamos. De niños jugábamos con ella, sin saber que la desecharíamos cual juguete que expiró, ignorando que con ella hallaríamos el Puente para llegar siquiera a rozar la plenitud de las almas. La contemplación representa esa salvación que la humanidad ha buscado desde sus inicios y de la cual, irónicamente, se aleja en su propia búsqueda. La contemplación es esa rueda del parque que espera a que volvamos a ser niños, que recuperemos ese paraíso perdido que, según Borges, es el único que existe, y que nos entreguemos en éxtasis a sus vueltas sin ningún miramiento.

La rueda aún gira. Contempla y *verás*.

Br. Saúl Enrique Duque Morales
Estudiante de Ingeniería Química



La notas de este artículo se encuentran en su versión electrónica en www.universalia.usb.ve.

¿Quién es José Santos Urriola?

Decano de Estudio Generales
1979-1981



Maestro, con mayúscula

Me piden que escriba una semblanza sobre José Santos Urriola para que las nuevas generaciones de estudiantes de la universidad se enteren de quien fue este profesor en nombre del cual se llama al concurso de cuentos y se otorgan premios auspiciados por el Decanato de Estudios Generales. Esta sabia decisión del Decanato constituye un acto de reconocimiento al hombre, al maestro, al escritor, a ese guareño que se aposentó en Caracas, sin olvidar nunca sus raíces y nos entregó un ejemplo de vida digna y una cátedra de venezolanidad.

Al evocarlo, imágenes disímiles se agolpan: veo a Santos los viernes en el taller de redacción, en el Consejo Directivo con el juicio certero y la palabra orientadora o en funciones de dirigencia en el Departamento de Lengua y Literatura, Extensión Universitaria, el Decanato de Estudios Generales, la División de Ciencias Sociales y Humanidades, proponiendo, estableciendo

pautas, concretando ideas y proyectos para enriquecer la vida intelectual de la Universidad Simón Bolívar.

Veo a Santos en su dedicación sin restricciones al acontecer universitario: el profesor que no se encerró en su especialidad ni en su cubículo, sino que además de participar con talento, probidad y modestia en la construcción y desarrollo de esta casa de estudios, tuvo el tiempo para detenerse a conversar, tomarse un café con los compañeros, deleitarnos con su humor.

Santos, universitario por excelencia, conjugaba la capacidad de manejar el complejo aparato administrativo con la calidad humana. Por encima de su papel de dirigente estaba la pasión por la docencia, lo que tiñó todas sus acciones. En el caso de la Simón Bolívar tuvo siempre presente la particularidad de los alumnos, que no habían ido a estudiar Letras, pero podían, con

una guía inteligente, interesarse en otras manifestaciones del espíritu y disfrutar de la lectura y la escritura. Lo que no dejó en el planteamiento teórico, sino llevó a cabo a través de un diálogo inteligente y ameno con los estudiantes. Muchos de los que tuvieron el privilegio de haberlo tenido como profesor recuerdan con deleite la experiencia y las lecciones que aprendieron, no sólo en relación con el lenguaje, sino en su tarea como hombres.

Como Decano de Estudios Generales realizó una labor sin paralelo, hasta ahora, la reforma de los Estudios Generales. En aquel momento realizó un acto de integración universitaria alrededor de un proyecto que ha constituido y constituye la nota distintiva y columna vertebral de los programas de estudio de esta universidad. Esa convocatoria al diálogo y a la reflexión muestra una vez más la amplitud de criterio que lo caracterizó. Los profesores que participaron en esas sesiones de discusión recuerdan la validez de la experiencia y la marca que ello les dejó en la comprensión integral de los principios que sustentan los Estudios Generales y en la concientización de la importancia de éstos en la formación de los profesionales de la Universidad Simón Bolívar.

Pero al lado del quehacer universitario, cabalgaban otras facetas que confirmaron la compleja personalidad de Santos. Entre ellas: el escritor en su papel de periodista, cronista del acontecer diario. A lo largo de más de cuarenta años escribió sus Trazos de arena, en los periódicos El Nacional y el Diario de Caracas, construyendo en un lenguaje conversacional, pleno de

humor y en constante diálogo con el lector la historia de la ciudad y el país, revelándonos además sus querencias y preocupaciones.

Allí se conjugaron los temas de denuncia social, con los de la actualidad política. La preocupación, siempre presente, por la educación de Venezuela y la enseñanza de la lengua y la literatura; así como la valoración justa de los trabajos realizados por las personas y amigos del entorno intelectual que, de una manera u otra, han contribuido a esa otra cara del país: la de la reflexión y el trabajo honesto, hecho a punta de lápiz, como diría Santos.

En los años que compartimos de amistad disfrutamos con el sabroso coloquial de Santos, lo gráfico de sus expresiones, la aguda descripción de personas y hechos, la riqueza intelectual expresada en juicios e interpretaciones que revelaban el conocimiento profundo de los clásicos, de la historia universal, de la literatura y del quehacer venezolano. Escuchar las anécdotas de Santos sobre la creación de sus novelas, lo sumergía a uno en el mundo mágico de la ficción. Conocí el origen de La noche más oscura. Los personajes de Mañana es otro día y de Tiempo de honores se hicieron nuestros amigos en las tardes de Sartenejas. Uno de los personajes de Mañana es otro día, totalmente insignificante en el plan original, decidió de un día para otro saltar al estrellato. Se escapó de la pluma de Santos y empezó su propia vida. Así, que Santos decía: no le había quedado más remedio que acompañarlo en el camino que aquél se había trazado. También el general de Tiempo de honores fue elaborando la quema de

todos sus papeles antes de pertenecer a la novela. Y en los últimos tiempos se refería a la novela que estaba escribiendo cuando murió: Vida en ascenso y obra por lo tanto incompleta del doctor José Pantaleón Senenes cuya dedicatoria dice: Para la gente de la Universidad Simón Bolívar, en gratitud por tantos años de buena compañía.

En uno de sus Trazos de arena, el último que escribiera, publicado un día antes de su muerte, el 30 de diciembre de 1994, Salutación de año nuevo, con su lenguaje coloquial, pleno de calor humano, hace una advertencia a los venezolanos, advertencia que hoy adquiere mayor vigencia, e implica una lección de vida, una más de las que recibimos de Santos: “Se necesitó esta crisis, la más severa de la historia de la República, desde la Independencia hasta el sol que nos alumbra para darnos cuenta de unas cuantas verdades del tamaño de una catedral.

Entre ellas, la más simple: nada cambiará sobre la tierra, si los hombres no cambian por dentro. Si acá entre nos, durante 365 días no procuramos poner lo mejor de nosotros mismos en relación a la familia, la urbanización, el municipio y la nación”.

En estas palabras se reafirma lo que sentimos ante la personalidad de José Santos Urriola. La calidad humana que lo caracterizó, permite decir que su vida se forjó en la práctica de la responsabilidad como hombre y venezolano. Santos fue, por encima de todo, Maestro, con mayúscula, palabra que resume su quehacer vital: en el aula, en la universidad, en el periódico, en la tertulia y en la intimidad de la familia

Profa. Carmen Elena Alemán
Dpto. de Lengua y Literatura, USB

José (de los) Santos

Ya sé que se llama sólo José Santos. Lo demás es añadido mío. Una respuesta al modo como él solía llamarme, utilizando mi primero y mi segundo nombre. Era, según lo comentamos alguna vez, privilegio de quienes nos habíamos hermanado en las aulas, hasta el punto de conocer la totalidad de nuestros nombres y sobrenombres. También todo ese pequeño y encantador mundo de novias y apurillos económicos de sueños de poeta y exámenes con pruebas terroríficas de bohemia limitada por la escasez de recursos, de conspiraciones políticas en pensiones pintorescas, donde nos sentíamos seguros de no ser allanados por la Seguridad Nacional, todo ello, particularmente característico de los estudiantes provincianos que nos trasladábamos a la capital para seguir estudios superiores, los cuales, en la década de



los cuarenta, no existían sino en muy pocas ciudades interioranas y esto con limitaciones.

A quienes nos atraían la literatura y la docencia no nos quedaba otra opción que la del Instituto Pedagógico Nacional, establecimiento nobilísimo, con grandes profesores y maestros ejemplares, de donde salieron varias promociones que le han dado al país nombres fundamentales en las distintas especialidades que por entonces se cursaban.

José Santos y yo proveníamos de pueblos relativamente próximos El, de Guanare y yo de Boconó. La amistad fue creciendo rápida y frondosamente. Nos caíamos bien y conversábamos sobre las mismas cosas con criterios muy parecidos. Nos gustaba leer a Machado.

Desde esos primeros días del Pedagógico, descubrí y admire en el joven guanareño una inteligencia excepcional en pleno y continuo ejercicio, una bonhomía a toda prueba, un deseo profundo de servirle al país, un temple moral insobornable, un lenguaje chispeante y categórico, es decir, alguien por completo fuera de serie.

Ahora sé que la vida me regaló la oportunidad de conocer y de tratar profundamente a este varón excepcional, como sé también, con dolor que no cesa, que se nos privó de su presencia terrena, a todos cuantos hubiésemos querido que los hados hubieran sido más generosos en prolongar una existencia útil, una inteligencia y una sensibilidad en plena madurez, propias de un hombre que, habiendo cumplido una larga y fructífera tarea en las aulas, ya jubilado pero no retirado del todo del oficio de enseñar, comenzaba a dedicarse al oficio de escribir, que había venido ejerciendo a destajo en razón de sus compromisos con la docencia universitaria.

Dejó así una obra valiosa en la novela, el ensayo y la crónica periodística. Una obra que se le parece, porque está escrita con pluma honrada e inteligente, puesta al servicio de sus sueños y de sus compromisos con la realidad de un país que se constituyó en uno de los temas centrales e irrenunciables de toda su vida de profesor, de meditador y de ciudadano verdadero.

Ahora, al concluir estas apresuradas líneas, me doy cuenta de que ese primer nombre, tan entrañablemente bíblico, unido a una palabra tan señaladamente religiosa, tenían un sentido más profundo y más adivinatorio de lo que nunca llegué a pensar. Un santo laico. Un José bondadoso. Un amigo que no está. Unos libros, éste entre ellos, particularmente relacionados con su Universidad Simón Bolívar, donde continúa escuchándose su voz, que es, junto con su ejemplo, su mejor herencia y orgullo de quienes fuimos sus compañeros.

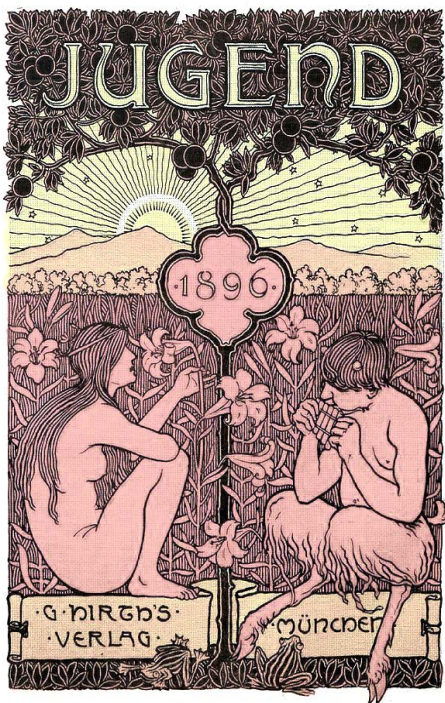
Prof. Oscar Sambrano Urdaneta
(Tomado del libro *Trazos en arena*.
Equinoccio. 1995)



Estoy cansada de estas luces. También de la música. De la gente, de las atracciones, de todo. Deseo que todo desaparezca, que todos se callen o se vayan. Ni siquiera sé por qué estoy en esta feria, si desprecio todos sus componentes. Un montón de gente ruin que gasta su tiempo libre en nimiedades, que gasta su dinero en ver animales torturados y mujeres con barba, y que gasta su vida entera en admirar cosas que fingen comprender pero que realmente nunca entienden. Gente vacía. Vacía como Sophie.

Ya recordé por qué estoy aquí. Estoy huyendo de Sophie. En realidad vine con ella, pero ahora camino sola. Ha dejado mi ropa rasgada (gracias al empujón) y ya es muy tarde, así que tiemblo un poco por el frío. Creo que mi camiseta es tan delgada que se puede ver mi ropa interior a través de ella, pero no me interesa. No me importa quién pueda verme, sólo deseo con toda mi alma que quien me vea no sea ella. Trato de abrazarme y frotar mis brazos para que el frío se vaya, pero es inútil. Sigo caminando, y trato de perderme entre la gente, evitando con furia la imagen de una cabellera castaño claro y una camisa a cuadros naranjas.

Ni siquiera sé por qué la evito, ni siquiera debe estar buscándome. Posiblemente desechó por completo que existí alguna vez y se subió a su lindo auto nuevo a dar una pretenciosa vuelta con quien sea que se haya conseguido en el camino. Justo como lo hizo conmigo hace un tiempo. Trato de no pensar en eso, pero una parte de mí desea que de verdad me esté buscando. Que por primera vez sienta que necesita de alguien que no sea ella, y mejor aún, que me necesite a mí. Estoy agotada de caminar pero no quiero tropezarme con ella. No quiero, ¿cierto? No, no quiero. No.



La imagen de Sophie acariciando la pierna de alguna guapa trapezista que ahora debe estar ocupando el asiento del copiloto me asalta de nuevo, y al suponer que dejó el parque, me detengo y apoyo los codos en la barandilla de una atracción estúpida, colorida y muy envejecida que parece estar a punto de desarmarse, tan decadente como el resto del parque. Con los ojos cerrados y la cabeza entre mis manos, rememoro la escena, minuto a minuto, mientras las risas y la música se van apagando en mi interior. Sophie que me pregunta si quiero ir a ver el carnaval, y yo que me emociono. Sophie que me trae hasta el carnaval y yo que sonrío como niña chiquita. Sophie que se aleja, de repente, como siempre, y yo que me siento confundida, de nuevo y como siempre. Sophie que no me mira, y yo que lloro. Sophie que me ignora y yo que la beso. Sophie que me quita la cara y yo que sueño con morirme, en ese

instante, partida en mil pedazos por un rayo místico enviado por alguna deidad misericordiosa. Sophie que se llena de hastío y yo que la abrazo. Sophie que forcejea conmigo para escapar de mis brazos y yo que no la dejo. No puedo dejarla. Dejar a Sophie es dejarme a mí, es observarla sin más mientras se lleva todo lo que soy, escondido entre sus verdes ojos brillantes que una vez creí que relucían de amor por mí. Sophie que me empuja, que sigue sin mirarme siquiera, y yo que caigo y me deshago en el piso, rota, sin remedio. Sophie que enciende un cigarro, cansada de mí, y yo que salgo corriendo, sin mirar atrás, huyendo de lo que no quiero aceptar.

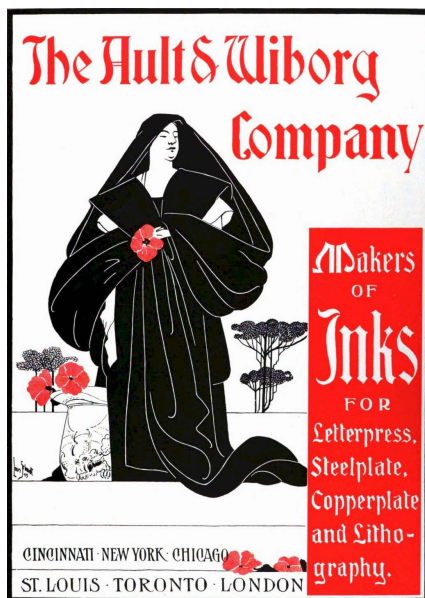
La escena se repite una y otra vez en mi cabeza. De la nada creo escuchar mi nombre, como traído por el viento, con su tono de voz impregnado. Levanto desorientada la cabeza, buscándola, sólo para recordar que ella nunca gritaría mi nombre. Lo detesta, no le gusta pronunciarlo. No habla acerca de mí con nadie, no me llama, casi nunca me habla, así que no se ve en la necesidad de nombrarme. Niña tonta, ¿cómo pude creer que vendría a buscarme? Siento la imperativa necesidad de huir, de nuevo, hacia ninguna parte, y reinicio mi caminata.

Maldita sea, ahí está. La veo, está sentada justo en el sitio en el que la dejé, con la mano derecha sosteniendo un cigarro y la izquierda acariciando las orejas de un gatito pardo que parece bastante entusiasmado con las lisonjas. ¿Quién no lo estaría? Las manos de Sophie fueron fabricadas con algodón y polvo de estrellas, hechas para provocar el más grande de los placeres que pueda existir en el mun-

do. Por dos segundos, deseo convertirme en ese gato. Cerrar los ojos y al abrirlos ver los deditos delgados de Sophie sobre mi hocico felino, y ronronear de placer y emoción. Luego recuerdo que debo huir, que Sophie no puede verme. Confío en su presbicia para tratar de escabullirme, pero el torpe gato volteó a verme y me delata. Joder. ¿Cómo pude desear ser un animal tan estúpido?

En el segundo en el que el gato se detiene frente a mí, Sophie levanta la mirada. Trato de dar la vuelta y perderme entre la gente, pero Sophie es mucho más hábil. Me toma por el brazo, y no muestro resistencia. Estoy cansada de huir.

“No me mires, Sophie, por lo que más quieras no me mires, no lo hagas, dime qué debo hacer para que no me mires, detente, no quiero que me mires”, pienso, pero es muy tarde. Su par de ojitos color césped seco se posan sobre mí un segundo antes de que pueda evitar su cara, y es ahí cuando los huesos se me descongelan como helado puesto al sol. Por todos los cielos.



—No huyas así de nuevo, —me dice, con tono cortante—.

—Suéltame, Sophie, me haces daño —exclamo, deseando que no me suelte, ni en este ni en ningún otro momento—.

—Promete que no huirás de nuevo.

Sophie siempre sabe lo que hace. Siempre consigue lo que quiere. Sus ojos son la llave de una cerradura en desuso que permanece abierta, porque no hay forma en la que me cierre para ella.

—No huiré de nuevo —le digo con resignación—.

—Bien, —exclama—.

Me suelta, sin mucha delicadeza.

—¡Aparte, el gato se fue por tu culpa! —me grita—. ¿Qué hago si tu mamá llama? ¿A dónde le digo que fuiste? ¿Cuál es tu maldito problema? No importa. Mejor ni me digas. No quiero lloriqueos.

Es instantáneo. Sophie dice “lloriqueos” justo cuando mis ojos se ahogan en lágrimas. Sé que no quiere saber acerca de mí ni de mi “maldito problema”, pero no entiendo por qué me pide que me quede. Igual lo hago, confundida, tratando de entender qué es lo que quiere de mí para proporcionárselo, porque

sólo quiero hacerla feliz. Tanteo en busca de una sonrisa, pero todos los días mi Sophie es otra Sophie, y todos mis experimentos son en vano porque ahora tengo otra Sophie que debo aprender a manejar. Hay mil y un Sophies atrapadas en ella, y a todas las amo y las odio por igual. Le pido un beso, y ella voltea su cara hacia mí para que yo la bese. No entiende mi pedido. No quiero que me deje besarla, quiero que ella *me bese*. Poso mis labios con rapidez sobre los suyos, tratando de no aceptar lo que bien sé.

Es una causa perdida. Sophie es una causa perdida, yo soy una causa perdida, nosotras somos una causa perdida. Puedo vernos, en desvanecimiento. Lo sé, sé que no me soporta. Sé que su desprecio hacia mí la consume, y se siente culpable por eso. Me siento a su lado, en una especie de muro de unos diez centímetros de alto que parece indicar que ahí termina el espacio sobre el que se extiende la feria. Literalmente nos sentamos en el límite, al borde de un metafórico abismo que parece atraparnos sin poder huir. Está tan cerca que puedo oír su respiración, pausada, tranquila. Todo está bien para la Sophie que me acompaña hoy, la egoísta y fastidiada de todo, que sólo quiere un cigarro y que la dejen en paz. Observo las luces del carnaval, que parece estar más lleno que nunca aunque ya se acerque la medianoche. No diferencio ninguna figura, y dejo que mis lágrimas se acumulen en el borde de mis párpados, causando un efecto caleidoscópico en el que los colores se mezclan ante mis ojos. Me concentro en esa imagen.

Trato de vaciar mi mente, pero es inútil. Sophie está cerquita, puedo sentir su calor, pero cada vez se aleja más. Y mientras se va, me voy yo con ella, me lleva en un bolsillo aunque no lo note. Seguro lo notará cuando quiera encender algún cigarro, y en vez de sacar un encendedor, saque una ensangrentada masa que lucha por palpar, por mostrar alguna señal de vida. Y esa seré yo, aunque ella no me distinga, tratando de darle calor, o felicidad, o tristeza, darle algo, lo que sea. Lo que ella quiera, ese pedazo de mí que se lleva luchará por conseguirse. No sabrá que estoy ahí, siendo suya, tan suya como la primera vez, porque para ese entonces seguro ya habrá olvidado quien soy. Se frustrará, queriendo encender su cigarro, y pondrá la masa en el bolsillo de nuevo. Y yo me mantendré en ese sitio, esperando el roce de sus mágicas manos otra vez, contando los segundos que faltan para repetir ese encuentro mientras lo que reste de mí tratará de sobrevivir como una cáscara vacía, intentando aprender a subsistir sin las melódicas notas de su voz, deambulando sin sentido eternamente, en esa feria en la que por última vez supe lo que era sentirme suya: sólo suya, de mi Sophie, de las miles de Sophies que, en conjunto, hacen de la mía aquella mujer que se llevó todo de mí para no volver, dejando atrás un montón de cenizas de cigarro y el destello del carnaval que se abrió como un escenario para la separación de mi verdadera yo, que le pertenece a ella, y el conjunto de vísceras sobrantes que ha dejado atrás sin remordimiento alguno.

Br. Andrea Hernández
Estudiante de Licenciatura en Biología

ALTERUM VITAE

Concurso

José Santos Urriola, 2014

(Segundo lugar)

Si yo me llamara Federico, seguro que tendría muchas niñas a mi alrededor, seguro que Fabiana no me miraría feo cada vez que le hablo en clase, y seguro que la profesora no me dejaría de último cada vez que levanto la mano. Si yo fuese como Federico, seguro no tendría que perder tanto tiempo peinándome o vistiéndome, todo me quedaría bien. Seguro mi mamá no me levantaría a gritos cada mañana y papá no se molestaría porque no quiero ir a las clases de natación. Si fuese Federico seguro que me gustarían las clases de natación. Pero no soy como él, y mi nombre es menos interesante. Me tengo que llamar Juan y tengo solo doce años.

No era posible que despertase a la primera llamada. La agotada luz que entraba por la ventana descubría las facciones desinteresadas de un Juan aún entregado a los sueños. Ojeroso, desorientado, se levantó minutos más tarde entre los lejanos gritos casi desesperanzados de Juliana, que se habían vuelto costumbre en aquel hogar de mañanas intransigentes y sopores metafísicos. Casi como si no lo hubiese pensado, abrió la ventana y concentró en su cabeza los sonidos del agua saliendo de las regaderas de los jardines. Eran sonidos sincronizados, exactos, que se sobreponían en la versatilidad de imágenes que ya a aquella hora, empezaban, como él, a despertar.



Cada día, el sonido le daba vueltas y revoloteaba incluso entre clases, entre dibujos, conversaciones y rayuelas. La imagen gris de la mañana llenaba su habitación de una niebla que solo él podía ver. Crecían nubes indistinguibles entre paredes blancas que buscaban aún una identidad. El rumor del desayuno se hacía cada vez más fuerte y el pequeño Juan todavía no se había vestido.

Si yo fuese Federico seguro no tendría que pedirle a papá tantas veces que me lleve a la tienda de música a comprar afiches gigantes para mi cuarto que está tan vacío. Como aquel en blanco y negro que tiene Fede en su cuarto y dice Brothers y del que me cuenta una historia nueva cada vez que le pregunto dónde lo consiguió, pero lo hace sin darse cuenta y lo hace tan seguro de sí mismo que es posible que yo me las crea, excepto la de ayer por-

que no soy tan estúpido y eso le dije y me respondió que yo no entendía nada porque aún soy muy pequeño pero que cuando tenga su edad, comprendería que ninguna de sus historias era falsa. Mi mamá quiere mucho a Federico y mi papá también así que lo invitan a comer de vez en cuando y solo entonces saco mi PlayStation. No me gusta jugar solo. Si yo fuese Federico, nunca tendría que jugar solo.

Cada intento de jugar con Tommy, su beagle, terminaba con alguno de los dos heridos. A Tommy no parecía agradarle su amo, quizás por el poco tiempo que compartían juntos, quizás por el poco tacto que pone el pequeño Juan a la hora de tratar con Tommy. El hecho es que esta tarde Juan ni siquiera se dio cuenta de que por primera vez no había salido a ladrarle. Entró como una bala en la sala de su casa, y buscó en la mesa con el florero la llave del cuarto donde guardaba papá sus herramientas. Subió corriendo, aunque casi a rastras, un pote de pintura negra a su habitación. Las brochas habían sido más difíciles de encontrar, y la lámina de metal que papá estaba destinando para las rejas de atrás había dejado una hebra de sangre a medio extraer en su brazo. Las paredes blancas lo hacían sentir enfermo, la opresión que podrían ocasionar unas paredes vacías a un niño de doce años es inimaginable pero Juan sentía que no podía empezar a crecer hasta no definir de alguna forma un entorno remotamente parecido a él. En inglés llaman *strokes* a los trazos violentos de una brocha o un pincel sobre las paredes del pequeño Juan. Sabía que le llevaría un buen

tiempo cubrir cada partícula de pintura blanca sin la ayuda de papá, pero él no podía ayudarlo ahora, y es posible que además no quisiera. Su madre, bueno, había olvidado saludarla, así que ya se escuchaba desde la escalera el sonido de los pasos acelerados y de la extrañeza acompañada de un creciente ¿Juan?

Si yo fuese Federico, mi mamá no habría armado el episodio que armó esta tarde, al fin y al cabo son solo paredes pintadas, y una pequeña herida en el brazo. Quiero una habitación como la de Federico. Tal vez debí pedirle ayuda a él, y quizás, por qué no, qué bobo, a los amigos que estaban con él en su casa. Quiero tener amigas a las que pueda llamar "mis putas", como "las putas de Federico", como las llaman sus amigos. Si yo fuese como él, tampoco tendría que estudiar, y seguro mis papás me dejarían fumar, como sus padres a él. Mamá dice que mandará a pintar de nuevo mi cuarto, pero ya no me importa, porque papá me llevará mañana a comprar afiches gigantes, aunque tuve que prometerle que seguiré en mis clases de natación. Papá se mostró comprensivo durante la cena, creo que se siente mal por Tommy y por mí. Lo extraño un poco, pero estoy seguro de que él no me quería. Si yo fuese Federico, seguro que Tommy no estaría muerto.

Br. Jorge J. Romero
Estudiante de la Licenciatura en Matemática



Concurso José Santos Urriola, 2014
(Tercer lugar)

Abrrió los parpados, o al menos eso creía. Pestañeo dos veces, o al menos eso pensaba. Todo permanecía tan oscuro que no había forma de saber si tenía los ojos abiertos o cerrados. Trataba de entrecerrar sus ojos. Pero, no había ni un atisbo de luz. No podía recordar donde estaba, todo le parecía confuso, no podía moverse, no sentía el resto de su cuerpo, y no paraba de pensar en el ruido. Ese ruido la aturdió, no la dejaba pensar con claridad. *“¿Sería eso la muerte? ¿Estaba muerta? ¿Así como la nana?”* Eso había dicho su madre cuando preguntó ella. Solo tenía cinco años. Su madre se sentó a su lado, la miró a los ojos y le explicó que su abuela estaba en un lugar mejor y que no volvería a verla. Pero, si de algo estaba segura ahora era de que, si esto es la muerte, su madre estaba equivocada. No era un mejor lugar. De hecho, no podía decir siquiera que era un lugar.

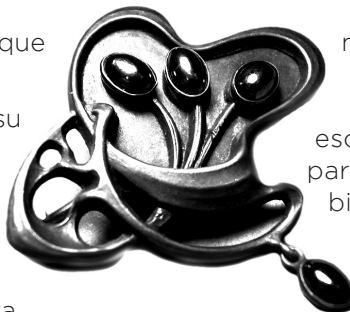
Ella no reconocía nada. Solo podía pensar en ese ruido seco, unas veces más cerca otras veces más lejos. “Pank, bum, pon”. Ya no sabía hace cuánto había despertado, o si en realidad estaba despierta. Cuando de pronto cesó, la inundó una sensación de paz. Pero, ahora sin el incesante ruido el silencio era agobiante. Y pensaba en la muerte. Nunca más vería a su muñeca “Boo-

Boo”. Ya era grande para esas cosas. Por eso, la guardaba donde nadie pudiera hallarla. Sí, ahora comenzaba a recordar su escuela, los insoportables niños, su hermano menor, la cena, su programa favorito, su reflejo en el espejo. Todo parecía cambiar en el espejo. Sus conclusiones no coincidían con las de su madre. Su madre decía que era por la edad. Ella solo podía pensar

en los universos paralelos que existían a través del espejo.

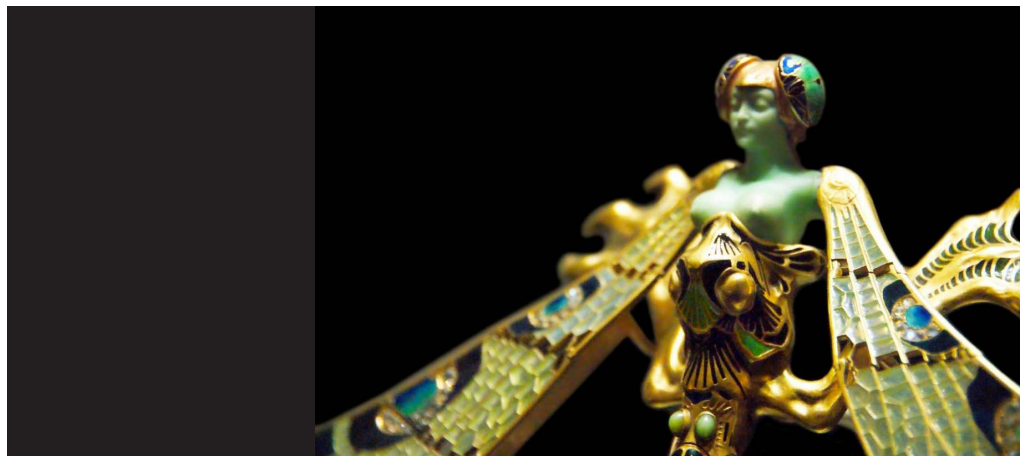
Comenzaba a sentir su cuerpo. Parecía estar acostada sobre su espalda. Podía sentir una fría y viscosa sustancia en todo su cuerpo. El olor era insoportable, la mareaba, era espeluznante. La oscuridad, el silencio y ahora el olor. Quería gritar. Pero no sabía dónde estaba su boca. Luego frío, mucho frío. Su memoria volvía de pronto. Comenzaba a recordar. Ya no era una niña. Las imágenes se apilaban en su mente: graduación, novios, sexo, funerales. Toda su vida pasaba ante sus ojos. Quería llorar, solo que no sabía cómo.

En la oscuridad ella ya no sabía lo que sentía. Miedo, dolor, furia. Tenía dudas sobre quién era, no recordaba su nombre. Y nuevamente ese sonido ensordecedor. "Pank, bum, pon", cada vez más cerca. La oscuridad se hacía cada vez más pesada. O ¿Serían solo sus párpados? No podía saberlo. Luego hubo un intervalo de nada, solo oscuridad. Al menos eso asumo yo, luego de no poder escuchar sus pensamientos. Y cuando el juego oscuro comenzaba a despertarme, ella parecía consciente. Ella podía sentir sus manos e intentaba mover sus dedos. No podía dejar de pensar en el frío y la viscosidad que la invadía. El ruido iba y venía, el dolor se extendía y de pronto pensó en algo parecido a la felicidad cuando uno de sus dedos cedió. Sentía su propia respiración. -"Viva. Estaba viva en la oscuridad"- . Intentaba mover sus manos para saber dónde estaba. Y de nuevo



más abismo, oscuridad, frío, y ruido en sus pensamientos. Después de eso todo se vuelve confuso para mí. Trataré de describirlo tal y como lo recuerdo aunque no entienda lo que significa. Creo que ella pensaba en llorar y gritar. No sé si lo logró. Sus pensamientos no eran claros, iban y venían como el ensordecedor ruido. En intervalos ella quería llevar las manos a su rostro, y creo que lo consiguió porque se sintió feliz. De pronto, dejó de pensar en oscuridad, frío, dolor, y abismo. Todo se iluminó. Perdí sus pensamientos por un tiempo. Alrededor de diez minutos en el tiempo, según ella. Para mí no existe el tiempo. Solo ella. Estoy hablando mucho de mí, ella es lo que importa, sigamos.

El sol se posaba sobre su rostro y le molestaba tanta luminosidad. Sus párpados le pesaban. Pero, pudo abrirlos y se maravilló del hermoso día que transcurría tras la ventana. El viento pasaba a través de las cortinas. Estaba feliz porque todo había sido solo una pesadilla. Quería llevar sus manos al rostro. Pero, al tocarse la cara, esa sustancia viscosa seguía allí en su rostro, sus manos, su ropa y todo su cuerpo, las sábanas blancas, rojo, oscuridad, abismo, viento frío, dolor. Todo se acumulaba en su mente de nuevo. El sonido, ese sonido. Gritó -¡Ahh!-. El reloj marcaba las 7 am. El péndulo iba y venía, se hacía ensordecedor. Un dolor punzante atravesó su vientre. Casi podía recordar cada detalle de la mañana en que vio sobre su cama por primera



vez. Podía recordar sus gritos que retumbaban en toda la casa. Su madre luego le explicaría que eso significaba ser mujer: “Un poco de dolor, sangre y oscuridad. Pero, la esperanza de albergar la luz por medio de la vida que podía provenir del mismo sitio de donde hoy surge dolor”.

Dos lágrimas rozaron sus mejillas. Cerró los ojos y observó. Al final, despertó.

Y eso es todo. Esos son sus últimos pensamientos. No sé mucho más. ¿Se supone que eso es la muerte? ¿Eso es la muerte para ella? Aún no lo entiendo por completo. Cuando dejan de pensar todo es triste. Tristeza como la piensan ellos. Se siente como vivir a través de ellos y sus mundos. Casi puedes formar parte

del juego oscuro y ser uno de ellos y sentir. Puedes casi olvidar que tú eres su creador y que ellos hacen lo que quieres, que viven porque tú quieres. Puedo dudar de todo eso porque ellos son verdaderos en esos intervalos en los que escribes sin pensar y piensas a través de ellos. Entonces, tienen vida propia justo antes de que un final, su muerte, acabe con sus historias y de alguna forma acabe con parte de nosotros. Ella despertó lo sé. Quizás esté en alguna parte escribiendo o creando. Todo dice que es imposible. Mi madre dice que es la pubertad y que no hay universos paralelos a través del espejo, que no hay vidas en los sueños. Me gustaría abrir los ojos y despertar como ella lo hizo.

Br. Daleska González
Estudiante de Ingeniería de Producción





¿Quién es Iraset Páez Urdaneta?

Decano de Estudios Generales 1987-1991

Mi joven maestro

Aunque nació cuatro años después que yo, no pocas veces he sentido que me orienta con su ejemplo. 17 años después de su partida tan temprana en 1994, se le rinde hoy este homenaje en el contexto profesional de uno de sus principales campos de acción. Se me invita a bosquejar una semblanza suya y acepto gustoso el privilegio, porque mi recuerdo no sólo grato y afectuoso, sino que lleva la marca indeleble de la gratitud.

Muchas preguntas desfilan ante mí de inmediato: ¿qué llevaba por dentro aquel colega marabino de estatura diminuta que jamás pasaba desapercibido?, ¿cómo se las arregló para desempeñarse a la vez en tantos frentes académicos sin que se le quemara ninguno de los conejos en el asador?, ¿por qué resultaba imposible ubicarlo en una de las cuadrículas de la grilla profesional?, ¿cuáles de sus muchos talentos, actitudes, méritos, cualidades son los que considero ejemplares? Me siento incapaz de responder a estas preguntas, pero es exactamente lo que trataré de hacer en los próximos 7.000 caracteres.

Según informa su hoja de vida, aquel jovencísimo bachiller, distinguido a la usanza maracucha con el inusual nombre de Iraset, no perdió el tiempo: a los 20 años se gradúa en el Instituto Pedagógico de Caracas de Profesor de Castellano, Literatura y Latín; a los 21, ya es Licenciado en Letras de la Universidad Central de Venezuela; a los 25 obtiene su maestría y a los 28 un PhD en Lingüística en

la prestigiosa universidad californiana de Stanford. Es una primera muestra de su talento, su inteligencia y su dedicación al estudio. Supe además de su boca que había rechazado más de una oferta en la apetecida academia estadounidense porque ya antes de su vuelta a la patria como excelente producto del programa de becas Gran Mariscal de Ayacucho, seguramente había meditado, previsto y programado a qué iba a dedicarse al regresar a Venezuela.



Conociéndolo, puedo asegurar que para él no era éste un asunto de “conseguir trabajo”, sino de lograr la ubicación estratégica ideal para desarrollar lo que sentía como un proyecto (casi me atrevería a decir “una misión”) pedagógica y cultural. Es éste un primer rasgo suyo que llamó mi atención: no era reactivo sino planificador. Y antes de eso, observador, sensible a la realidad y a sus necesidades. Poseía lo que se llama visión y tomaba sus decisiones personales e institucionales teniendo en cuenta esa visión que era a la vez proyección hacia el futuro y también mirada amplia, elevada, que alcanzaba más allá de los límites de una circunstancia puntual, un programa académico, un departamento, una disciplina del conocimiento o una rutina institucional.

Esta faceta me impresionó cuando lo conocí en 1984. Era yo coordinador del postgrado en Literatura y vino Iraset desde la Biblioteca Nacional donde se desempeñaba como Director de Estudios e Investigaciones, para fundar en la USB el postgrado en Servicios de la Información, pionero en el área, que coordinaría hasta 1990, además de asesorar allí un total de 41 trabajos de grado. Por sus intervenciones en los consejos de coordinadores de postgrado me di cuenta de que Iraset estaba pensando cualquier tema desde una dimensión más alta que la mayoría de nosotros, enclaustrados en nuestros respectivos nichos profesionales o asuntos de corto alcance. Su reflexión partía naturalmente de su condición de lingüista, crítico literario, escritor, pedagogo y estudioso de la información, pero trascendía todos esos campos para trabarse en elaboradas discusiones con ingenieros o politólogos, filósofos o científicos básicos.

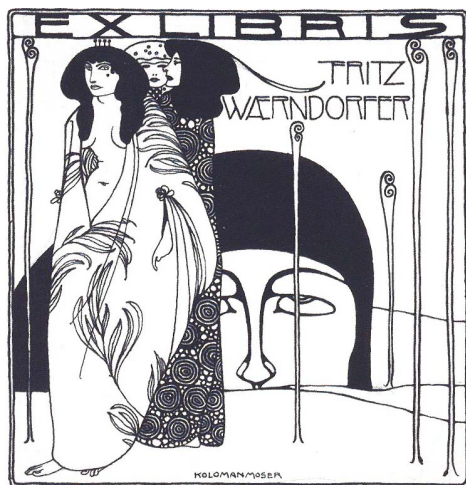
Para sorpresa de muchos, entre los que me incluyo, en 1987, apenas tres años después de integrarse a la USB, fue designado Decano de Estudios Generales. Pronto fue obvio para todos que su formación vasta y plural, la universalidad de sus intereses y perspectivas y su vocación pedagógica lo convertían en el sujeto perfecto para esa posición. Creo que éstos del decanato fueron sus años de mayor plenitud intelectual y académica. Realizó una sensata y perdurable reorganización de ese importante programa académico, tanto en su Ciclo Básico como en el Profesional, cuya oferta de cursos electivos enriqueció y sistematizó considerablemente, para luego promoverlos a través de un atractivo catálogo.

También se convirtió él mismo en modelo de profesor en esa área, al dictar con evidente disfrute cursos sobre mitología griega, la cuentística borgesiana o la cultura japonesa que, ante los ojos perplejos de estudiantes de química o de ingeniería de materiales, se abrían como umbrales maravillosos e inesperados.

Para 1989 estaba yo a unos meses de concluir mi propio doctorado y tuvo él la gentileza de invitarme a acompañarlo desde la coordinación del Ciclo Profesional y además de ocuparse personalmente de esa posición hasta mi regreso de Inglaterra. Juntos y en compañía de Cristian Álvarez fundamos entonces la revista *Universalía* y establecimos el concurso de trabajos finales de curso. Hoy existen además el de cuento y el de poesía que lleva el nombre de Iraset Páez Urdaneta y todos siguen siendo convocados anualmente para promover en los estudiantes de carreras científicas y tecnológicas el interés y la dedicación a otras prácticas y temas sociales, ambientales, artísticos, filosóficos, etc.

Los coordinadores no nos dábamos abasto para atender tantos asuntos, pero Iraset, con muchas más responsabilidades y compromisos a cuestas, pudo por aquellos años dirigir seminarios de postgrado sobre teoría literaria o comunicacional, escribir un brillante estudio introductorio a la obra de Borges en la colección clásica de Biblioteca Ayacucho, ser jurado del Premio Internacional de Novela "Rómulo Gallegos" al que concurrían varios centenares de obras, preparar los libros *Información para el progreso en América Latina* (1990); *Comunicación, lenguaje humano y origen del código lingüístico* (1991); *Gestión de la inteligencia, aprendizaje tecnológico y modernización del trabajo informacional: retos y oportunidades* (1992); *La estratificación social del uso del tú y usted en Caracas* (1992), además del poemario *Lugares comunes* (1992), participar como jurado experto en literatura japonesa en el televisivo Concurso millonario, actuar como consultor del Programa General de Información de la Unesco y hasta ser parte de un grupo de amantes y estudiosos de la ópera que se reunía semanalmente. Por eso puedo decir que me enseñó a no temerle a los retos y los compromisos. Que a cada uno le llega su momento. Muchas tardes lo dejé en su oficina disfrutando de atender a un grupo de estudiantes que deseaba seguir la discusión que había animado su clase concluida un par de horas antes...

También hay que decirlo, y ya lo hice en otra ocasión: Iraset no fue monedita de oro. Su carácter fuerte y la pasión con que se comprometía en los debates tanto académicos como intelectuales lo condujeron a enfrentamientos con diversos colegas y le granjearon fama de "difícil". Tal vez esa irascibilidad fue factor



decisivo de su derrota cuando, meses antes de su muerte, aspiró al Vicerrectorado Académico. Recuerdo que en una ocasión no dudó en cantarle sus cuarenta a una de las autoridades rectorales, quien se atrevió a referirse con desdén a los Estudios Generales. Por ser sin embargo tan auténtico en sus posiciones, tan abierto a lo diferente, terminó siendo gran amigo de muchos de sus contendores en la arena del discurso.

Y muchas veces su victoria fue el resultado de su originalidad y su osadía. En una ocasión, hacia 1992, siendo ya director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades y habiéndolo sustituido yo en el decanato de Estudios Generales, me sorprendió verlo entrar a la sala del Consejo Directivo con una gigantesca bolsa que ocultó enseguida bajo su mesa. Al corresponderle intervenir para establecer si La Casa de Bello debía admitirse formalmente como instituto de investigaciones en la evaluación de credenciales de un nuevo docente, se limitó a repartir entre los presentes una treintena de títulos de obras de investigación y ediciones críticas, para limitarse luego a preguntar a los consejeros si consideraban que la institución donde se habían realizado y editado tales publicaciones sería un centro de investigaciones o más bien una agencia de festejos...

Por todo lo expresado hasta aquí, me dio una inmensa satisfacción saber hace tres años, que por iniciativa del profesor Johan Pirela como director de la Escuela de Bibliotecología y Archivología, la Universidad del Zulia concedió a Iraset Páez Urdaneta el Doctorado Honoris Causa Post Mortem “por su visión progresista en función de la consolidación de las Ciencias de la Información al servicio del desarrollo científico, organizacional y social y por su aporte a las letras venezolanas y latinoamericanas.” El mismo día del conferimiento, el Consejo de la Facultad de Humanidades y Educación de esa universidad aprobó crear el Centro de Investigación y Desarrollo en Tecnologías del Conocimiento (CIDTEC) y distinguirlo con su nombre. Merecidísimo homenaje.

Iraset el esforzado, el talentoso, el ávido de aprender; Iraset el versátil, el osado; el visionario, el pedagogo; Iraset el irascible, el tenaz y apasionado. Iraset. Es difícil de creer. Ante la nómina de tantos esfuerzos, iniciativas y logros, es difícil de creer que apenas diez años tenía de haber llegado a Sartenejas para cuando fue minado por una inclemente enfermedad y segado tan abruptamente por la muerte, a los 42 años, el 22 de mayo de 1994. Tiempo es hoy de recordarte, admirado Iraset, mi joven maestro. Y tiempo de celebrar agradecidos, también nosotros, las muchas obras y ejemplos que sembras

Prof. Carlos Pacheco

Departamento de Lengua y Literatura

II Coloquio Internacional de Gestión de Archivos y Administración Electrónica
de Documentos –Universidad Simón Bolívar– 23 de marzo de 2011

Ojo de salmón. Para recordar a Iraset Páez Urdaneta

El ojo del salmón me miró un instante e Iraset sonrió de inmediato al captar mi desconcierto. Agitado por el viento, colgado en un rincón de su oficina, un salmón de papel naranja, un móvil de artesanía japonesa, se balanceaba diciendo a quien quisiera entenderlo varias cosas acerca de su dueño.

Estábamos en enero de 1991. Iraset era entonces Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, y había sido hasta semanas antes Decano de Estudios Generales. En 1987 llegó a la USB, enviado por la Biblioteca Nacional, con el fin de establecer en Sartenejas una Especialización en Servicios de la Información. Desde entonces, hasta que la muerte lo sorprendiera de manera tan temprana el 22 de mayo de 1994, apenas a los 42 años, habitó en nuestro valle académico, dejando en él huellas perdurables. A muchos de nosotros no ha dejado de hacernos falta y trataré, en estas breves líneas, de decir por qué.

Iraset poseía, según creo, una de las inteligencias más ágiles, versátiles y mejor “amuebladas” que he conocido. Su formación de Licenciado en Letras (UCV) y de Profesor de Castellano, Literatura y Latín (Instituto Pedagógico de Caracas), su maestría y doctorado en Lingüística, de Stanford, lo convirtieron en un semiólogo ávido de interpretar los más variados discursos de la cultura. En lugar de encerrarlo en un especialismo estéril, lo prepararon para el cultivo de otras dimensiones y sectores del saber y para el diálogo con muchas más. Sus poemarios, sus investigaciones como lingüista, sus textos teóricos, críticos y de ficción, dan cuenta de esa capacidad suya de unir lo disperso, de atender con calidad a lo diverso.

No temió nunca a los retos académicos y mucho menos al trabajo. Por eso, siendo Decano, podía dictar unos cursos de Estudios Generales de alta demanda sobre mitología griega, a la vez que dirigía algún seminario de postgrado sobre teoría literaria o teoría comunicacional. En algún momento, mientras en el Decanato estábamos en plena reestructuración curricular, participó como jurado de la especialidad “Literatura Japonesa” en el televisado “Concurso Millonario” y también en el Premio Internacional de Novela “Rómulo Gallegos”.



Iraset no fue, también hay que decirlo, monedita de oro. Su carácter fuerte y la pasión con que se comprometía en los debates tanto académicos como intelectuales lo condujeron a enfrentamientos con diversos colegas y le granjearon fama de “difícil”. Recuerdo que en una ocasión se atrevió a cantarle sus cuarenta a una de las autoridades de entonces, quien se atrevió a referirse con desdén a los Estudios Generales. Por ser tan auténtico en sus posiciones, tan abierto a lo diferente, terminó siendo, sin embargo, gran amigo de muchos de sus adversarios.

Su sensibilidad lo convirtió también en el mejor consejero para muchos estudiantes, a veces muy jóvenes, a quienes –en medio de las urgencias y múltiples ocupaciones de su cargo– era capaz de dedicarles todo el tiempo que hiciera falta. Tuve el privilegio, como Coordinador, de apreciar desde cerca su esfuerzo pedagógico y ético por ser siempre meridianamente justo y objetivo en sus decisiones. Por eso fue, según creo, por sobre todas las cosas, un notable educador.

En el Editorial del n° 4 de Universalía, me referí a John Keating, el docente protagonista del filme *La sociedad de los poetas muertos*, cuya concepción liberal de la educación basada en una inmensa confianza en el educando, lo enfrenta a las autoridades del plantel. Hoy puedo decir que ese perfil de apertura y flexibilidad, de innovación y creatividad, de versatilidad en los temas y estrategias pedagógicas, corresponde a Iraset mejor que a nadie. De hecho, es a él a quien algunos estudiantes de la época comenzaron a apodarar “Mr. Keating”.

Aquella mañana de mi recuerdo, el salmón me habló por supuesto de la afición de Iraset por la cultura japonesa, pero también me dijo algo sobre su empedernida irreverencia que lo hacía ir contra la corriente, a contrapelo de lo habitual. Y también de esa necesidad suya (aquilatada por la enfermedad durante sus últimos meses) de ascender, de viajar de regreso, río arriba, hacia los orígenes, para completar el ciclo de la vida, de la muerte y de la vida otra vez. ¡Buen viaje, Iraset! Y gracias por el regalo de tu amistad y tu ejemplo.

Prof. Carlos Pacheco
Departamento de Lengua y Literatura



Alphonse Mucha

All 72 Plates from "Œuvres Décoratives" in Original Color

VEREDICTOS DE LOS CONCURSOS 2014

Concurso Segundo Serrano Poncela Al mejor trabajo final de Estudios Generales

VEREDICTO

1.- Se adjudica el primer lugar al trabajo titulado “La rueda que los hombres contemplan” del estudiante Saúl Enrique Duque Morales de Ingeniería Química del curso LBB-516 “Libros de Infancia y Juventud” dictado por el Prof. Cristian E. Álvarez A.

En este trabajo, desde la nostalgia por una mirada que era capaz de capturar lo esencial, reconstruye la sensación de vacío y ser extraño en el mundo moderno y propone la literatura como experiencia en la reconstrucción lúdica del ser. Por otro lado, es un trabajo muy bien escrito y argumentado que demuestra un buen manejo de las fuentes bibliográficas.

2.- Se adjudica el segundo premio al trabajo titulado “Londres, la ciudad atrapada por el vapor” del estudiante David Duarte de Ingeniería de Materiales del curso LLC-356 “La ciudad imaginada. Visiones urbanas en la literatura y el cine” dictado por la Profa. Claudia Cavallin.

Es un texto original donde al análisis de un filme se articula la reflexión de la ciudad de Londres en el contexto de la época victoriana y la Revolución Industrial. Se piensa sobre el imaginario de una era marcada por una edad conservadora y su transición hacia la modernidad.

3.- Se adjudica el tercer premio a “La primavera árabe: ¿una rebelión popular o una revolución incipiente?” del estudiante Luis Antonio Coelho de Licenciatura en Química del curso CSX-394 “Revoluciones: disolución y conformación del poder político” dictado por la Profa. Carolina Guerrero.

Es un texto pertinente para esta época. Analiza un suceso actual con un excelente manejo de los materiales de apoyo. Además, representa un aporte valioso en la comprensión de la “primavera árabe” y sus implicaciones para el mundo occidental.

En Sartenejas, a los diez días del mes de junio de 2014

Jurado

Prof. Pedro Vargas

Profa. Marielena Ludeña

Profa. María del Carmen Porras

Concurso José Santos Urriola Cuento

Nosotros los miembros del jurado del concurso José Santos Urriola 2014 habiendo deliberado sobre los trabajos sometidos a nuestra consideración, hemos llegado al siguiente:

VEREDICTO

1.- Se adjudica el primer lugar al trabajo titulado “El último carnaval” de la estudiante Andrea Hernández de la carrera Licenciatura en Biología.

Hemos valorado: El tema novedoso basado en el problema de género que se trabaja a través de un lenguaje sencillo en el que están presentes imágenes literarias que enriquecen la narración. Posee una estructura narrativa clara y coherente y un excelente manejo del lenguaje.

2.- Se adjudica el segundo premio al trabajo titulado “Alterum” del estudiante Jorge J. Romero de la carrera Licenciatura en Matemática.

Hemos valorado: que posee una buena estructura narrativa, un excelente manejo del lenguaje, de la anécdota y de la historia. Desarrolla un tratamiento del tema de la alteridad desde un punto de vista novedoso.

3.- Se adjudica el tercer premio al trabajo titulado “Un juego oscuro” de la estudiante Daleska González de la carrera Ingeniería de Producción.

Hemos valorado: un excelente manejo del lenguaje. Además posee un interesante trabajo del suspenso y la sugerencia como recursos narrativos. Tema novedoso.

En Sartenejas, a los diez días del mes de junio de 2014

Jurado

Profa. Celiner Ascanio

Profa. Grisel Guerra

Profa. Julieta Omaña

Concurso “Iraset Páez Urdaneta”

Poesía

Nosotros los miembros del jurado del concurso “Iraset Páez Urdaneta” (Poesía) 2014 habiendo deliberado sobre los trabajos sometidos a nuestra consideración, hemos llegado al siguiente:

VEREDICTO

1.- Se adjudica el primer lugar al conjunto de poemas (sin título) firmado con el seudónimo: KLE-HABIN del estudiante: Kevin Briceño, de la carrera licenciatura en Biología, por su capacidad de sumergir al lector en un universo poético mediante el uso de un conjunto de imágenes retóricas, que construyen una metáfora clara y sugerente.

2.- Se adjudica el segundo lugar, lo obtiene la selección de poemas (sin título) firmados con el seudónimo: TOQUI, del estudiante: Marta Córdova, de la carrera ingeniería Electrónica, en la que se esboza un trabajo minucioso en el oficio de la palabra.

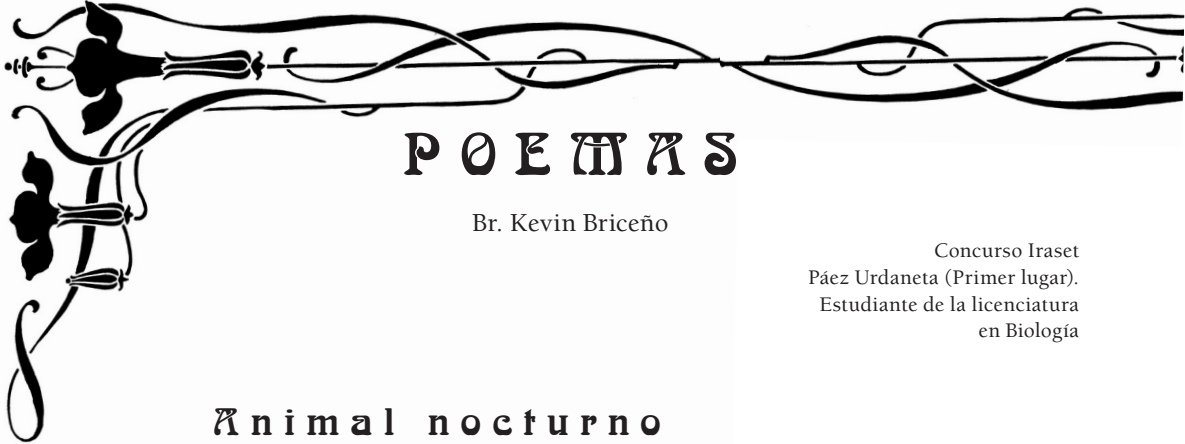
En Sartenejas, a los diez días del mes de junio de 2014

Jurado

Profa. Anicarle Kazandjián

Prof. Luis M Ballesteros

Prof. Bernardo Navarro V.



POEMAS

Br. Kevin Briceño

Concurso Iraset
Páez Urdaneta (Primer lugar).
Estudiante de la licenciatura
en Biología

Animal nocturno

Huye solitaria a su morada nocturna,
sigilosa bestia nictálope.

La noche vigila sus huellas por sendas desiertas,
le apetece devorar una presa inmóvil, indefensa,
sentenciada al nacer por su ignoto futuro.

Tímida velocidad acechando en la oscura llanura,
el silencio se hace cómplice y partícipe,
cuando la presa se pierde en las briznas de hierba
la bestia vacila y sin darse cuenta,
sentencia una muerte iracunda.

Se hace próximo el desgarró
la sangre roja, brillante y espesa gorgotea,
la respiración cesa, la luz nocturna se apaga
perfuma el olor sin sabor, se siente la carne sin piel,
el dolor foráneo poco le satisface.

La bestia pusilánime goza en la noche eterna
sobrevive exultante al perpetuo descanso,
con testigos ausentes no hay juicio
en el tribunal inexistente de la ley del más fuerte,
la absolución vence, no existe condena,
todo animal es inocente.

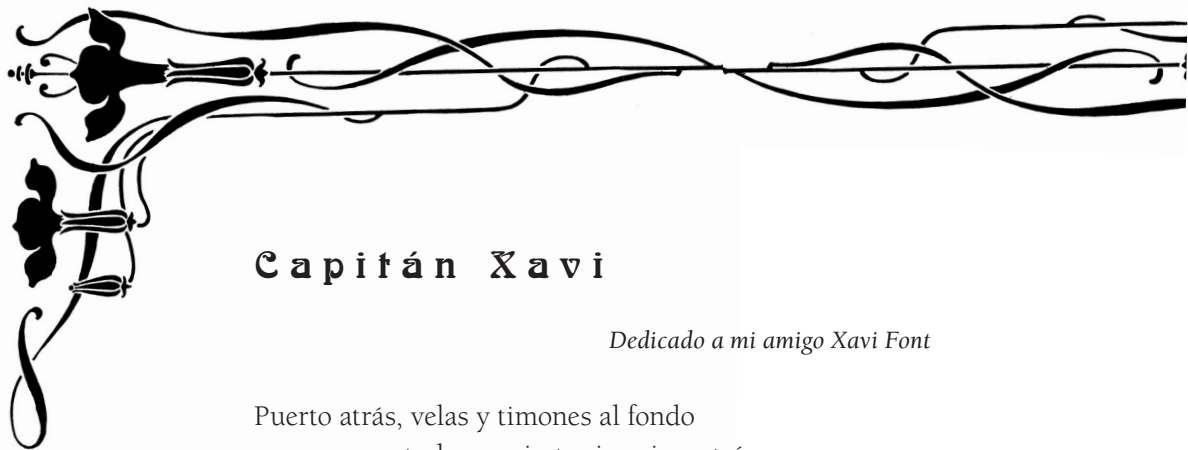


Gaviota en el horizonte

A lo lejos del paseo marítimo coruñés
golpea el estruendo de olas de mar, himnos de sirenas
el cielo dibuja los trazos forzados del vuelo
la bestia de alas, del mar y la brisa se adueña.

Piloteando sobre el aire frío del norte
que golpea con fuerza su entorno,
se detiene a observar la tangente línea horizonte
sin rastros de barcas ni redes que al mar tanto consternan.
Inmenso espacio de nubes amorfas
brinda su vasto territorio y complacencia
cesan los aleteos y piruetas,
aterriza la gaviota patiamarilla,
aferrándose en la quietud de la arena.

Detrás ha dejado su paisaje de palmeras y setos,
tiene la mejor vista desde el balcón del Atlántico,
expira su travesía en la tierra herculina
renace la fuerza del vuelo,
desde la inmensidad del mar.



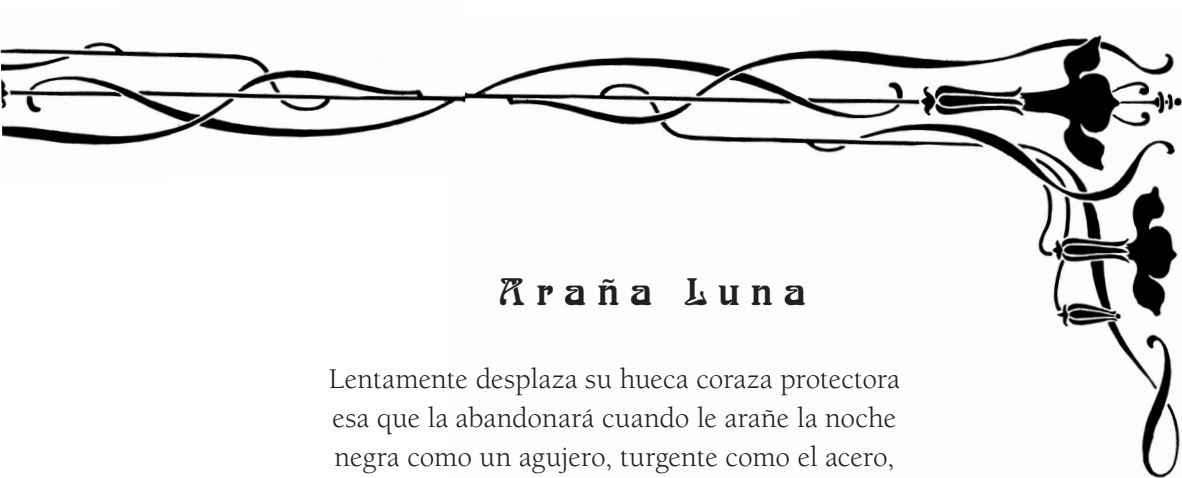
Capitán Xavi

Dedicado a mi amigo Xavi Font

Puerto atrás, velas y timones al fondo
avanzas con tu barca pirata sin mirar atrás.
Diomedea es tu guía y tu reina predilecta,
la pequeña perla que te encontraste en el mar.

Comienza la travesía y el capitán grita:
¡sortida a navegar, sol i vent!
muchos quisieran su edicto acatar,
navegar en las quietas aguas de Badalona
hasta el confín de los siete mares atravesar.

Pobre súbdito de ti, que no puedes a tu reina doblegar
sólo el viento caprichoso se empeña en guiarte,
la ola y tormenta se imponen,
haces que la vela comande,
dirigiendo un ejército de cuerdas aliadas
que aseguran tus travesías por altamar.



Araña Luna

Lentamente desplaza su hueca coraza protectora
esa que la abandonará cuando le arañe la noche
negra como un agujero, turgente como el acero,
penetrando su cálido cuerpo furtivo
cubierto de cerdas al acecho.

Domina su locomotora con cuatro pares de ruedas
se guía por sus sensores remotos,
lo táctil, lo olfativo se aproxima
se siente estoica, vigilante
todavía le sobra tiempo para urdir la trampa de seda.

Construye su túnel con ayuda del aire
pretende abandonarse a la espera
su luna no es gris, tampoco negra,
se perfila en la noche distante
rasgando la luna, su amiga cómplice.

Acumula intentos antes de inocular su pócima
con acrobacias se dirige al Olimpo sin dioses,
allí donde el cristal se hila
apoderándose de su trofeo,
inmóvil, succulento e inerme.

Abre sus fauces,
la luna enciende el festín presuntuoso,
no hay presteza para la araña luna
envuelta en su trono eximio de seda
venció y celebró nuevamente.

Poemario

Br. Marta Córdova

Concurso Iraset Páez Urdaneta
(Segundo lugar)
Estudiante de Ingeniería Electrónica

Tú eres el peregrino
que viene a mi templo
que soy yo misma.

Adentro hay imágenes de mí
sentada donde se yergue tu monumento.

Entras
y un soplo de mi aliento bate tu cabello
se trancan las puertas
se apagan las velas.

Estás atrapado.



Soñé tu sed

y que me vertía en tus manos

te bañaba con mi boca

y me sorbías

hecha un rocío sobre ti

mientras me desbordaba en gemidos.



El sufrimiento persevera.



Se incendian las gargantas de los pájaros cantores.



La luz sardónica del plenilunio se abisma en la oscuridad que habita el mundo.



Un llanto sempiterno lacera todo espíritu.

